
BIBLIOGRAFÍA

NOTA BIBLIOGRÁFICA

BIBLIOGRAPHICAL NOTE

LLANO, ALEJANDRO

Caminos de la filosofía. Conversaciones con Lourdes Flamarique, Marcela García y José María Torralba, Eunsa, Pamplona, 2011, 585 pp.

Ciertos hitos vitales o profesionales propician que un intelectual repase la trayectoria de su pensamiento, reúna en un relato coherente la trama de su meditación, reconozca sus logros y fracasos, y abocete las vías por las que prevé que discurrirán sus nuevas inquietudes. Es inevitable que estas detenciones, que permiten recobrar el aliento y la ilusión, tan difíciles de conservar en circunstancias adversas, se hagan al menos en privado. A menudo, sin embargo, el intelectual desea hacerlas públicas. Es una manera de volver a exponer su propio pensamiento, despojado de ciertos excursos totalmente coyunturales y depurado de algunos errores, mediante expresiones más logradas. Podría decirse que estas obras recapitulatorias no tienen precio para quienes busquen acercarse por primera vez a un pensador ni para quienes han seguido con regularidad su obra y deseen repararla y verificar hasta qué punto la han comprendido. Para este ejercicio de síntesis, se pueden elegir diversos géneros. No obstante, hay uno, cada vez más frecuente, que parece muy adecuado: la entrevista. En este caso, la voz principal sigue siendo obviamente la del autor cuyo arco vital e intelectual pretende recogerse, pero en un gesto de humildad se pliega a las directrices que le imponen las preguntas que recibe y se encuentra obligado a profundizar o aclarar aspectos de ciertos desarrollos, lo que después el lector agradecerá.

Con ocasión de su jubilación académica, tres discípulos de Alejandro Llano —así se presentan ellos mismos—, Lourdes Flamarique, Marcela García y José María Torralba, en numerosas sesiones, a juzgar por la longitud de lo transcrito, le invitan a hablar sobre sí mismo y sobre su filosofía, en la medida en que estos dos asuntos sean separables en un genuino filósofo. Como conocen muy bien su obra, e impulsados por el desparpajo de la juventud y la seguridad de saberse apreciados por quien consideran su maestro, sus preguntas no son nunca fragmentos fácticos, pronunciados para mantener el monólogo, sino incitaciones, objeciones, sugerencias que permiten a Llano exponer pausadamente su pensamiento, alejado de la retórica propia de las publicaciones académicas (de la que, en buena medida, ha conseguido librarse casi siempre con gran habilidad) y de las restricciones didácticas de las clases. Es una conversación entre amigos, a media voz, susurrando —la única forma, advierte Llano, en que se puede hablar de filosofía, según repetía uno de sus maestros, Antonio Millán-Puelles—, como acto amoroso, que busca la intimidad y no el foro, donde se despliegan los temas y posiciones de una vida entregada a la filosofía, a su enseñanza y difusión.

El primer capítulo de *Caminos de la Filosofía* está dedicado a las vivencias biográficas de Alejandro Llano. Son recientes los dos tomos de sus memorias, *Olor a yerba seca* y *Segunda navegación*. Pero incluso a quien tenga fresca la lectura de estas dos obras autobiográficas, le va a interesar este capítulo de su nuevo libro. Enseña el proverbio clásico que *duo cum faciunt idem, non est idem*, y no es ciertamente lo mismo la ensoñación solitaria que desemboca en un escrito que tener que *relatar* delante de tres personas que conocen bien al narrador retazos de la propia vida. En verdad, este es un libro donde predomina con claridad una voz, la de Alejandro Llano, pero donde las otras tres cobran protagonismo al conducir por vías, en ocasiones inesperadas para él, sus reflexiones.

¿Qué lleva a la filosofía? ¿Qué experiencia despierta la vocación filosófica en un muchacho inteligente cuya familia espera que se dedique al comercio y la empresa? Somos grandes desconocidos para nosotros mismos, con frecuencia los resortes últimos de nuestras acciones se nos escapan. Kant dijo que siempre ignoramos los motores auténticos de nuestro actuar. El psicoanálisis ha hondado

en esta oscuridad y los análisis de René Girard, tan estimado por Llano, prueban convincentemente hasta qué punto el yo es extraño para sí mismo. Con todo, Llano cree encontrar en su memoria no tanto el momento en que decide entregarse a la vocación de la filosofía como su primera experiencia que merecería el apelativo de filosófica. Es posible que el recuerdo la haya retocado, la lectura de Proust, embellecido literariamente, la *Náusea* de Sartre, dotado de significado, pero la fuerza con que la cuenta Llano la vuelve verosímil. El tacto del terciopelo de la butaca en la que reposa se le aparece *extraño*, como estando de más, como un aditamento infundado, cuya prescindibilidad se contagia al resto de los entes del universo. Esta extrañeza, esta incomodidad, más que la famosa admiración platónica o aristotélica, es el acicate que arranca en muchas personas su reflexión filosófica. El estar de más de tantas cosas, comenzando por sí mismo y siguiendo por la pobreza y la injusticia en derredor, invita, o mejor dicho, conmina a entregarse a la filosofía.

No es lo mismo tomar la decisión que ponerla en práctica. Para convertirse en filósofo, primero es preciso aprender filosofía. Y ¿dónde aprender tan peculiar saber? Cualquier hombre sensato reconoce la importancia del azar en su existencia. Otros llaman Providencia a esta diosa griega y no la conciben ciega. Encuentros que podrían no haberse producido determinan vocaciones, proporcionan medios de ejercerlas, abren nuevos horizontes. Incluso la apertura a la fe religiosa parece depender de circunstancias que no tenían por qué ocurrir. Aunque aquí el creyente confía, aún más si cabe que en la vida secular, en que a nadie deja el Misterio sin su luz. Llano cita el verso de Hölderlin, repetido por Heidegger, “donde comiences, allí permanecerás”, que no es una invitación al inmovilismo, ni una renuncia desesperada al progreso, sino la advertencia de la conveniencia de acertar con el inicio. Alejandro Llano admite que tuvo suerte. Aparte de Arellano que le recomendó rabelaisianamente la lectura y estudio de los “seis grandes” de la filosofía —Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Kant y Hegel— sin descuidar a la “segunda división”, Llano encuentra en los “comunes” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid a un pensador *originalísimo*, que explica a Santo Tomás, Kant y

Husserl, entre otros: Millán-Puelles. La originalidad filosófica no se encuentra en la extravagancia ni en la desatención a los clásicos. Somos muchos, entre los españoles que tienen un contacto algo más que episódico con la filosofía, los que reconocemos que en las clases Antonio Millán-Puelles, ajenas a cualquier consideración didáctica, tenía lugar una verdadera vivencia filosófica. Además de Millán-Puelles, Alejandro Llano cita, con palabras conmovedoras, su encuentro y trato con Fernando Inciarte, su admiración por Leonardo Polo y su amistad con Juan José Rodríguez Rosado o Juan Miguel Palacios.

Pero, dejando a un lado estos recuerdos, en este primer capítulo hay reflexiones francamente interesantes sobre la relación maestro-discípulo. Es conocida la reticencia de Llano a ser tomado como maestro, rara generosidad en quien no escatima reconocerse como discípulo. Su crítica al “discipulado” es acertada en muchos aspectos. Aparte de los elementos turbios que a veces afean esta relación, se encuentra siempre el peligro de la seducción pasajera, epidérmica, de la imitación de las formas vaciadas de contenido, del predominio del modo sobre la sustancia. En suma, la fascinación de Alcibíades por Sócrates, que no alcanza a trasformarle ni impedirle continuar su vida disoluta. La relación filosófica requiere la cercanía, el susurro como único instrumento eficaz de transmisión del saber filosófico, la igualdad de los que dialogan, la pausa que permite que el otro encuentre por sí solo su pensamiento. Claro que en filosofía hay maestros, pero todos dominan el difícil arte de callar, para que el silencio madure el pensamiento del discípulo.

Asimismo son jugosas las reflexiones de Llano sobre las posibilidades de la filosofía, que cifra en la metafísica como su raíz y culminación, en una época posmetafísica, dominada por el pensamiento débil y el rechazo de la razón como organizadora de la propia vida y de la convivencia humana. En este punto aparecen los grandes temas de la filosofía de Llano. La transcendencia, entendida tanto epistemológicamente como posibilidad de apertura de la conciencia a lo distinto de sí, la ruptura de los muros de la ciudadela en la que el pensamiento moderno enclaustra al yo, como también ontológicamente como aceptación de realidades ultramundanas. Un segundo elemento de su reflexión es la libertad. Vinculada a la trans-

endencia indisolublemente, ya que la libertad posibilita la intencionalidad de la conciencia.

El papel que la filosofía ha de desempeñar en la cultura de una época es ambivalente. Por una parte, brota de ella. El sedicente filósofo encerrado en una torre de marfil, que no se siente hijo de su tiempo, al que no le acucian los problemas que desasosiegan a sus contemporáneos, no merece ser tenido por tal. Tarea del filósofo es diagnosticar los males de su época y proponer remedios. Quien se dedica a la filosofía debe, pues, pisar la plaza, por incómodo que le resulte. Y ciertamente no le será fácil salir a la intemperie, y no solo por problemas de temperamento, por afición a la soledad que propicia el estudio, sino porque su figura resulta necesariamente anti-pática. El filósofo es el que dice *no*, el que siempre se opone, el que rehúsa seguir la corriente. No se trata del *no* incluido en el *non serviviam*, que brota de la soberbia y el orgullo, sino del que nace del humilde servicio a la verdad, el que distingue lo blanco de lo negro, el que da siempre una par de vueltas al tópico antes de pronunciarlo, el que rechaza los ídolos del pensamiento de su época. La filosofía es el aguijón que se clava en la cultura de donde ha brotado. ¡Ay del filósofo que sufre de agorafobia! De ahí que Llano acepte que la relación entre filosofía y cultura sea, en cierto modo, dialéctica.

Imprescindibles son asimismo las observaciones del autor sobre la relación entre razón y fe, y su perspectiva de la controversia acerca de la posibilidad de una filosofía cristiana. A este respecto es de mucho interés su crítica a la negación heideggeriana de unir en una sola persona filosofía y fe, como si el filósofo cristiano hiciese trampas, jugase con dos barajas, que le permitiesen salir de cualquier situación comprometida recurriendo a los dogmas de su credo. Y especialmente profunda resulta su comprensión ontológica, en vez de óptica —siguiendo la terminología del autor de *Ser y tiempo*— de la creación.

Su crítica al papel de la filosofía en el sistema educativo, su rechazo a la hiperespecialización filosófica, que considera incompatible con el ansia de universalidad propia de la vocación socrática, la relación entre la historia de la filosofía y su ejercicio original son otros tópicos sobre los que se demora la conversación en este primer capítulo.

El segundo, dedicado a la metafísica y a la teoría del conocimiento, que al modo clásico Llano considera como parte inseparable de aquella, acierta en la elección de su título: *Filosofar desde la finitud*. La filosofía contemporánea se caracteriza en bastante grado por ser una filosofía *de* la finitud, una meditación volcada sobre la facticidad, una reflexión acerca de la muerte como *telos* de la existencia humana. En este sentido, es paradigmática la primacía que *Ser y tiempo* otorga al *Dasein*, al que convierte en el ente indispensable para la ontología no solo porque es el único que se pregunta por el ser —le va la vida en ello, se podría decir—, sino, y sobre todo, porque es el ente al que hay que dirigir la mirada para encontrar la respuesta acerca del sentido del ser. Pero ya mucho antes la filosofía se apoyó en el *Faktum*. La filosofía kantiana, a la que Llano dedicó su tesis doctoral y su primer libro, *Fenómeno y trascendencia en Kant*, es una reflexión sobre los límites. Y las restricciones que Kant pone al conocimiento se deben, en última instancia, al hecho indiscutible de que el hombre no es creador de la realidad conocida. A este respecto, la agudeza de Llano muestra cómo Kant, lejos de ser quien apuntila a la filosofía primera y pese a su contundente crítica del dogmatismo, insufla energía a la metafísica moribunda tras los ataques empiristas y los fracasos racionalistas. El idealismo transcendental mantiene con vida la reflexión metafísica cien años más. Aunque también es verdad que fue el autor de la *Crítica de la razón pura* quien socavó hasta tal profundidad sus cimientos que, cuando al final del siglo XIX la filosofía primera se derrumba, lo hace con un estrépito inimaginable, que Nietzsche se apresura a narrar con júbilo.

Si fuese cierto que la filosofía contemporánea es una filosofía *de* la finitud, creo no equivocarme si afirmo que Llano no es un filósofo contemporáneo: su tema no es la finitud. Sin embargo, reflexiona *desde* ella, a partir de su reconocimiento, no olvidando por un momento nuestra condición de criaturas. No sé si de Hegel se puede decir siempre otro tanto. Reflexionar desde la finitud supone aceptar “que la condición de la naturaleza humana es la propia de una naturaleza intelectual ensombrecida” (p. 111), metáfora espléndida que sugiere que el ser humano carece por sí mismo de luz, que precisa recibir de fuera, como de fuera ha recibido —y sigue recibiendo, pues la creación se confunde con la conservación— el ser. Pero

además, “ensombrecido” abre la esperanza de que la luz de la que ahora gozamos aumente. En cualquier caso, se trata de recalcar que la finitud humana impide un conocimiento instantáneo y completo de la realidad. En la tradición clásica, la ciencia no se confunde con la inteligencia. Mientras que aquella es discursiva, esta capta de un golpe y enteramente su objeto. Salvo la *noesis* de los primeros principios, el hombre ha de conformarse con la ciencia. Por eso conocemos “preguntando y de manera sucesiva, a lo largo del tiempo” (p. 111). Una de las frases determinantes de la historia de la filosofía y una de las tesis a las que Llano más importancia confiere es la afirmación aristotélica, enunciada en su tratado *De anima*, de que el alma humana es, en cierto modo, todas las cosas. Esto implica que, si bien la razón del hombre es constitutivamente finita y su conocimiento transcurre en el tiempo y se despliega en fases, sin embargo, está operativamente abierta a lo infinito. Esta es la libertad transcendental de la razón humana que le permite recorrer con el pensamiento el arco trazado desde la nada hasta el ente infinito, el acto puro. Y el pensamiento de una inteligencia capaz de dirigirse, intelectual y volitivamente, a lo infinito no puede denominarse una filosofía de la finitud, aunque se haga, y esto la marque en su misma constitución, desde la finitud. Realizarla desde la finitud no supone la imposibilidad de alcanzar la verdad, aunque le impide poseer *toda* la verdad.

La finitud del ser humano impone la necesidad de que el fenómeno sea “el inevitable punto de partida objetivo de la interpretación filosófica de la realidad” (p. 114). De esta forma Llano rechaza la existencia de ideas innatas, en casi todas las formas de entender esta hipótesis. Su atención al fenómeno no le impide admitir que este concepto suscita una serie de profundas paradojas. El fenómeno muestra a la vez que oculta; revela velando. En el fenómeno se disocia lo conocido y lo real o, al menos, se inicia la posibilidad de dicha separación. Con estas afirmaciones de Llano no hay que entender que el fenómeno sea pura apariencia, mero fenómeno, solo ilusión, *Schein* a diferencia de *Erscheinung*, cortina que se interpone entre la realidad y el sujeto que conoce. Sin embargo, es preciso conceder que el fenómeno más veraz, el menos ilusorio y engañoso, no coincide nunca con la realidad que muestra. Como se ha dicho, esto es

una consecuencia de la finitud del cognoscente, del carácter inicialmente pasivo del conocer, hablando kantianamente, de la necesidad de ser afectados por una materia para que se inicie el proceso cognoscitivo. Pero es también, sugiere Llano con perspicacia, una limitación de la finitud de lo conocido. La filosofía clásica siempre lo supo: la inteligibilidad es directamente proporcional al ser. Lo limitado es más opaco a la inteligencia que lo ilimitado. Obviamente la lejanía de Dios, su impenetrabilidad, tiene otro origen que su falta de ser.

Con la filosofía de Kant —no se olvide que es motivo permanente de la reflexión de Llano— el equilibrio siempre inestable entre la realidad en sí y su apariencia o presentación se rompe definitivamente. El noúmeno adelgaza hasta convertirse en un *concepto límite*. Llano recuerda la conocida objeción de Jacobi a la filosofía kantiana: sin la noción de noúmeno no hay manera de penetrar en el idealismo transcendental, y con ella no hay tampoco forma de permanecer en él. Como en la célebre copla andaluza, “ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio”. El reparo de Jacobi es bastante serio. De hecho la búsqueda de un acomodo aceptable para el noúmeno mueve el despliegue del idealismo alemán. Me temo que no puede despacharse la impugnación de Jacobi, como en un momento de la conversación sugiere Llano, diciendo que el noúmeno apenas desempeña un papel en la filosofía teórica de Kant. A mi juicio, la insuficiencia de esta respuesta radica, por un lado, en la necesidad de reconocer al sujeto transcendental, al yo lógico, como sustento del todo el andamiaje de la filosofía teórica kantiana y atribuirle inevitablemente la calidad de noúmeno, puesto que obviamente no es un fenómeno, pues no se confunde con el yo empírico. Por otro lado, en el reconocimiento de los intereses de la razón —las páginas que el libro dedica a este punto son especialmente sustanciosas—. A diferencia de la filosofía clásica, que veía en la contemplación el culmen de la vida filosófica, Kant rechaza de plano la posibilidad de una razón desinteresada: si el hombre se entrega a la metafísica es porque está acuciado por los problemas que le plantea su vida moral. Ahora bien, en el ámbito de la ética surge de nuevo la necesidad ineludible de reconocer el noúmeno, ya que, si solo hubiera fenómenos, no habría ni siquiera la posibilidad de la li-

bertad. Tampoco el extrañísimo sentimiento de respeto ante la ley del que habla Kant se puede concebir como un fenómeno más de la conciencia empírica.

Otras muchas reflexiones acerca de Kant en este capítulo, como las realizadas acerca de la dicotomía entre sistema y crítica, convencen al lector, si este no lo estuviese ya, de la profundidad con que Alejandro Llano ha estudiado el idealismo transcendental sin la pretensión de ser un *scholar* del kantismo, aunque algunos de sus trabajos pueden competir en este género de literatura filosófica con los mejores, sino con la aspiración de asimilar sus tesis a su propia concepción del hombre, de Dios y del mundo, o sea, a su propia filosofía.

Sin embargo, como es sabido, Llano no es solo un experto en la filosofía de Kant y cuando la publicación de *Fenómeno y trascendencia en Kant* y su reconocimiento por la comunidad académica podría haberle encasillado en ese tema de investigación para convertirle en un especialista, sorprende a todos “cambiando de registro”. No se trata de abandonar el estudio del idealismo transcendental. A un clásico no se le deja a un lado jamás. Siempre tiene mucho que enseñarnos. Volvemos a él como a un territorio familiar que guarda todavía rincones inexplorados. Más bien, Llano pretende recorrer otros caminos, penetrar en otras tradiciones, sintonizar con filosofías más contemporáneas. *La nueva sensibilidad* y, sobre todo, *Metafísica y lenguaje* testimonian estas inquietudes, que son también recordadas en esta obra de conversaciones. En ambos libros, junto a estudios minuciosos, imposibles de recoger aquí cabalmente, prevalece la pretensión de armonizar, sin falso irenismo, a Kant y Aristóteles, y la convicción de que en la filosofía analítica, cuando no está estragada por prejuicios ideológicos, se encuentra una buena metafísica. No es tan extraño, pues ya en la *Metafísica* el Estagirita propone inmejorables descripciones de la realidad a través de análisis lingüísticos, como en el libro IX cuando, repasando los tiempos verbales, distingue entre movimientos y acciones.

Posiblemente el mayor error de Kant fue negar la infinitud intencional de la mente (p. 158), aceptada por Aristóteles y puesta de manifiesto por Brentano y la fenomenología. Es lástima que este logro esencial de la filosofía del siglo XX se vea empañado por la tendencia presente en muchas de sus corrientes filosóficas hacia formas

de naturalismo —¡incluso una cierta exégesis aspira a naturalizar a Kant!— y al relativismo que lleva consigo. Como si los “Prolegómenos” a las *Investigaciones lógicas* de Husserl no hubieran mostrado el camino sin salida al que conduce toda forma de antropologismo. El error de Protágoras de considerar al ser humano medida universal revive una y otra vez. Cada generación debe superar de nuevo los errores ya vencidos, que renacen como las cabezas de la Hidra de Lerna. ¿Será esto lo que se quiere decir cuando se insiste en el carácter histórico de la existencia humana?

Posiblemente el tercer capítulo, *Ser, verdad y acción*, sea el más técnico del libro. La discusión sobre la mejor manera de entender y traducir la expresión *ipsum esse subsistens* para no identificarlo con el *esse commune*, o sobre la función que ha de desempeñar el concepto formal en el acto de conocer son testimonio de la altura filosófica que, con frecuencia, alcanzan las conversaciones transcritas. Si duda, es preciso reconocer que *Caminos de la filosofía* no es un resumen apresurado del pensamiento de su autor, un prontuario para aprobar exámenes, un epítome de sus obras. Claro está que se recuerdan tesis y problemas aparecidos a lo largo de ellas, pero se exponen desde perspectivas nuevas y, por las preguntas que se le dirigen, Llano se ve obligado a ampliarlas, matizarlas, fundamentarlas, relacionarlas entre sí. En este capítulo, el trasfondo los constituyen, sobre todo, *El enigma de la representación* y *Metafísica tras el final de la Metafísica*, que Llano escribe a partir de borradores redactados por Fernando Inciarte y él mismo. En ambas obras se mantiene el impulso vertebrador de la reflexión de Llano de elaborar una metafísica para nuestra época, que reconozca los logros de la filosofía contemporánea, que casi pueden contarse como otros tantos reconocimientos de fracasos de las empresas filosóficas de los siglos anteriores. De ahí la expresión “metafísica mínima” para designar la propuesta de *Metafísica tras el final de la Metafísica*. Este mismo título, igual que aquella expresión o, el aparentemente más neutral, pero en el fondo muy controvertido de *Metafísica y lenguaje*, prueban la capacidad de Llano, nunca ejercida intencionadamente como saben quienes lo tratan, de *épater le bourgeois philosophique*, que en nuestros días es una apacible mezcla de naturalismo cientificista y culturalismo historicista, cuando no adopta la forma de un acérrimo defensor de la pu-

reza de una tradición que solo ha existido en manuales deficientes. *Una metafísica mínima* no es una metafísica pobre ni tampoco ecléctica mezcolanza de teorías consensuadas en un imposible diálogo intelectual. Más bien, es el reconocimiento de que todavía hoy es posible y necesaria la tarea metafísica y que esta puede efectuarse a través de distintas vías —de aquí la importancia del artículo indeterminado—. Esta metafísica ha de ser respetuosa con las concepciones contemporáneas sin plegarse dócilmente a sus ucases. Debe evitar el peligro de la *cosificación de la metafísica*, que la convierte en una teoría general de las cosas, puesto que no todo lo que hay son cosas y además la metafísica, que carece de afición a los inventarios, indaga los principios de las cosas, que tampoco son cosas. Por otra parte, una metafísica mínima tiene que prestar suficiente atención al conocimiento, que, por cierto, tampoco es una cosa. La tenaz pugna de Llano contra el representacionismo va evidentemente en la línea de reconocer la peculiaridad del acto de conocer, su carácter extramundano, y el peligro de negar toda inmediatez cognoscitiva, que no conviene evitar por el expediente drástico de negar indiscriminadamente cualquier mediación.

Para el estudioso de la obra de Llano este capítulo le confirmará la sospecha de que en algunos puntos, como no podría ser de otro modo, su pensamiento ha evolucionado, según reconoce el propio autor. No se trata nunca de cambios de dirección, son, más bien, variaciones de matices. Bien mirado, todo pensar es polémico. Incluso cuando no está animado de esta pretensión, el filósofo no puede dejar de tener en cuenta posibles objeciones. Escribe para adelantarse a ellas. Y esto le fuerza a subrayar más unos aspectos que otros. Al cambiar las objeciones reales o imaginarias que tiene presente, se modifican insensiblemente los énfasis. Un ejemplo: ¿Dónde se encuentra la verdad primariamente, en el juicio o en el concepto? Por muchas razones, entre otras porque la verdad va siempre de la mano de la posibilidad de la falsedad, la tradición clásica la ha asignado al juicio. Así lo ha afirmado Llano en *Metafísica y lenguaje*. Sin embargo, en *Metafísica tras el final de la metafísica* parece apostar por la primacía del concepto respecto del juicio en lo tocante a la verdad. Es muy instructivo el modo en que Alejandro Llano da cuenta de esta “evolución”.

Un filósofo no puede reconocer disciplinas cerradas en el saber que busca, parcelas independientes. Tampoco lo hace obviamente Llano, que, aunque su meditación es sobre todo metafísica y epistemológica, se ha ocupado con largueza y profundidad de temas morales. En este tercer capítulo, se desgranán temas antropológicos y ético-políticos aparecidos en *Sueño y vigilia de la razón* y en *La vida lograda*, como son la felicidad, la verdad práctica o la ley racionatural.

El último capítulo de la obra, *Ilustración y modernidad*, pertenece a lo que cabría denominar *filosofía de la cultura*. Diagnosticar el presente, discernir las tendencias que moldearán la sociedad del futuro inmediato, es su finalidad. El libro de Llano *La nueva sensibilidad* ha perdido el valor de lo novedoso, pues allí se apuntaban movimientos que apenas empezaban a nacer como el ecologismo, el feminismo, el pacifismo o el nacionalismo, y que hoy son omnipresentes. Sin embargo, no ha perdido nada de su valor en cuanto análisis de dichos fenómenos, que ya nadie discute que son los que dan su perfil a nuestra época.

La obra concluye con una bibliografía de los escritos de Alejandro Llano bastante completa, si bien en ella faltan escritos menores, ocasionales y colaboraciones en prensa, además, claro está, de los libros futuros, de los que, al menos, se anuncian dos en *Caminos de la filosofía*.

Juan José García Norro. Universidad Complutense de Madrid
jjgnorro@filos.ucm.es